

LALUEZA, Carles, *Razas, racismo y diversidad. La ciencia: un arma contra el racismo*, Bromera-Algar Editorial, Valencia, 2002, 173 pp.

Confieso que la lectura del libro del profesor Carles Lalueza, *Razas, racismo y diversidad. La ciencia, un arma contra el racismo*, «Premio Europeo de Divulgación Científica Estudi General 2001», instituido por la Universitat de Valencia y el Ayuntamiento de Alzira, no era una de las lecturas que tuviera entre mis preferencias, por dos motivos. El primero, por el excesivo número de libros que están en la lista que uno «tiene» que leer o quiere leer y no puede. La segunda razón, es la prevención, obviamente irracional de acercamiento a la Ciencia «más científica», aunque tenga el carácter de «divulgativa», que a veces tenemos algunos, no todos, los que estamos al otro lado de la Ciencia, «menos científica».

Romper este y otros prejuicios es uno de los motivos, también, de la recensión de este libro desde la Filosofía del Derecho. Con ello se trata de acercar la Ciencia «más dura» a las otras Ciencias («¿seguro que menos duras?»).

Trataré de responder una serie de cuestiones utilizando los argumentos del libro del prof. Lalueza: preguntas como ¿Para qué sirve un libro sobre el pensamiento científico racista, hoy? ¿Es útil? ¿Qué es el racismo y por qué persiste el recurso a la noción de raza? ¿Qué tesis defiende el libro? O, ¿qué más se le podría pedir al libro? Por último, ¿qué se puede hacer frente al racismo?

La respuesta a la primera pregunta que uno puede hacerse cuando termina de leer un libro para recomendar su lectura a otros amigos o a los estudiantes, es si te ha servido para aprender algo. Esta sería una primera aproximación al conocimiento, a la información que proporciona el libro. Este es el primer valor del libro de Lalueza. Con él se entra en contacto con mucha información sobre la Historia de la Ciencia racista, del racismo nazi, o del racismo de los test de inteligencia. Sin que atosiguen la cantidad de datos, autores y problemas que allí se plantean. Esto además incita a seguir otros caminos de lectura hacia autores y temas conexos.

Este es uno de los fines del premio de divulgación y de la colección, que el libro consigue ampliamente. Además, tiene la virtud de mostrar los asuntos y autores más conocidos, junto a otros que siéndolo menos tienen un papel importante en esta historia del racismo científico.

¿Cómo podríamos definir el libro? Este no es un libro sobre el racismo, sobre la ideología que lo fomenta, sino sobre el pensamiento racial, sobre la ciencia que sostiene las clasificaciones raciales, para demostrar que desde el punto de vista biológico, científico, las razas no existen.

Esto nos lleva a preguntarnos para qué sirve un libro sobre el pensamiento científico racista, hoy. ¿Es útil? En primer lugar, no sólo es útil sino que es necesario porque como se han cansado de repetir las instituciones internacionales, los pensadores... y como se recuerda en el libro, el mayor antídoto contra el racismo es la educación. En segundo lugar, porque muestra el pensamiento racista desde una perspectiva distinta, la científica, que a veces ha servido de apoyo a otras.

Pero, entrando en materia, ¿qué es el racismo? Como señala en el libro (pp. 9-10): «*El racismo se define como la creencia, no sólo de que la humanidad está dividida en grupos o razas definidas biológicamente, sino de que*

algunos de estos grupos son superiores a otros de modo innato. El racismo se hermana con otra doctrina llamada determinismo biológico que se basa en la creencia de que las desigualdades de nuestra sociedad (entre razas, entre sexos o sencillamente entre individuos de distintas clases sociales), no son una construcción social, sino que tienen una base biológica inalterable.»

El concepto de raza que utiliza se basa en la idea de que los seres humanos se pueden clasificar en categorías, basándose en rasgos físicos externos como la altura, el color del pelo, los ojos, la pigmentación... Esta idea que perdura hasta la actualidad presupone que los rasgos físicos externos tienen un significado trascendente, y por tanto, un papel muy importante en la historia evolutiva de nuestra especie.

Pero, ¿por qué persiste el recurso a la noción de raza? Esta evidencia científica: la raza como base biológica inalterable, nos lleva a la necesidad de exponer, explicar y criticar los elementos científicos que han asumido la idea de raza como elemento explicativo de las diferencias humanas y le han proporcionado una proyección social esencial, configurando las bases de una concepción del mundo. Pero una cosa es la ciencia racial, es decir, dedicarse a estudiar la humanidad y dividirla en razas. Que científicamente parece ser inútil y está mal planteado. Y otra, ser racista, que además consiste en creer que hay algunas razas superiores a otras. Y aunque son dos temas diferentes, se encuentran conectados.

El racismo, o los «racismos» son conceptualizaciones que han proporcionado/justificado la posición de dominio de sus sustentadores, incluso con importantes transformaciones, como la evolución semántica de la noción de raza, que explica Lalueza en los tres primeros capítulos: *Dos siglos de ciencia racial* (cap.1); *El establecimiento de la jerarquía racial* (cap. 2); y *Apogeo y decadencia de la craneometría* (cap. 3).

Aquí resulta interesante el debate entre monogenismo, esto es «*que existía un único origen para todas las razas*» y el poligenismo, los que creían que las razas tenían orígenes diferentes (p. 37) El poligenismo, como demuestra, «*tuvo un gran éxito científico en los Estados Unidos por el hecho de constituir una posible justificación al esclavismo africano*» y se aducía «*como prueba de la inferioridad de los africanos, que a lo largo de la historia, "siempre han sido sirvientes y esclavos"*» (p. 38).

Los rasgos utilizados por los racionólogos eran «*rasgos fenotípicos*»: «*El fenotipo es el conjunto de rasgos que configuran el aspecto externo de un organismo y que son el producto de la información genética (o genotipo) y de las modificaciones ambientales (que incluyen los relativos al entorno ambiental y también los del ambiente celular e intrauterino).*» (p. 47)¹ Como dice en el libro: «*Los rasgos físicos siempre causarán problemas si queremos interpretarlos a la luz de la historia, la evolución o la genealogía de los individuos y de las poblaciones, pues las interacciones entre genes y ambiente son tan complejas que con frecuencia no sabemos desligarlas. Por eso, si queremos conocer la historia de nuestra especie, lo mejor es recurrir a los rasgos genotípicos relacionados con el análisis directo de nuestro material*

¹ «La proteína representa la química, la vida, la respiración, el metabolismo y la conducta, lo que los biólogos llaman fenotipo. El ADN representa la información, la replicación, la procreación, el sexo, lo que los biólogos llaman genotipo.» M. RIDLEY, *Genoma. La autobiografía de una especie en 23 capítulos*, Madrid, Santillana-Suma de Letras, 2001, p. 43.

genético.» (p. 47) Y esto es lo que nos propone en los dos últimos capítulos, el 7 y el 8.

Los dos ejemplos del racismo aplicado se encuentran en los capítulos 4 y 5: el que denomina *Una política de biología aplicada: Alemania 1933-1945* y el resurgimiento del racismo científico, con la utilización perversa de los test de inteligencia.

Como dice: «*El resurgimiento del racismo científico parece basarse en dos fenómenos sociales: por una parte, la concepción hereditaria de la inteligencia, por otra, la idiosincrasia de un grupo particular de científicos formados en la psicología evolutiva.*» (p. 102) Frente a esta perspectiva: «*La psicología moderna tiende a defender la existencia de al menos tres clases de habilidades en el concepto de inteligencia: la analítica, la creativa y la práctica, que pueden llegar a ser excluyentes entre sí.*» (p. 103) Además, la inteligencia cambia con la edad, de la misma forma que su heredabilidad: «*las influencias genéticas no se detienen en la concepción y las influencias ambientales no son inexorablemente acumulables. La heredabilidad no significa inmutabilidad.*»² El racismo biológico es actual, persiste, y no sólo en los discursos de políticos como Le Pen.

En el capítulo 5.º destacaría el análisis del libro *The Bell Curve: Intelligence and Class structure in American Life* (1994) de Herrnstein y Murray, que utiliza el test de inteligencia para establecer gradaciones sociales y sexuales; y la crítica de Lewontin: «*los test de inteligencia no son más que instrumentos diseñados para proporcionar un apoyo científico a los prejuicios previos de las instituciones educativas, señalando a los alumnos ya discriminados por el sistema. Si se siguen utilizando, dice Lewontin, es porque interesa encontrar justificaciones biológicas para legitimar las desigualdades sociales.*» (p. 104) Como diría Sádaba: «*la única manera verdaderamente moral de aproximarnos a cualquier ser humano es desde la perspectiva del respeto (Einstellung, fue la palabra que utilizó Kant). O lo que es lo mismo, sea la que sea la media de la humanidad en cuanto a sus capacidades cognitivas o volitivas, no hay más remedio que encararnos con los demás considerándolos como a uno mismo. Y uno, si se estima a sí mismo, no es que se considere un genio pero, no obstante, se contempla como un sujeto de derechos; y, por tanto, como alguien con habilidades, posibilidades de aprender y, en potencia, un perfecto ser humano.*»³

En el libro se defiende la tesis de que «*La diversidad biológica y cultural es una de las características fundamentales de nuestra especie. Sin embargo, la globalización no contribuye a conservar esa diversidad, antes al contrario, el efecto final del proceso de contacto entre poblaciones humanas ha supuesto una pérdida constante de diversidad biológica y cultural a consecuencia de la desaparición de numerosos grupos aborígenes.*» (p. 22) Podríamos decir que esto es un hecho. La cuestión es dónde se encuentran los límites de garantía de esa diversidad para el Derecho y la Política. ¿Tiene que protegerse todo lo que sea cultural y biológicamente diverso?

La diversidad y el pluralismo son valores que tienen que ser protegidos, y no tan solo de la extinción, también del conflicto, la dominación, el daño... La referencia a J.S. Mill (p. 23) pienso que es iluminadora: la falta de plura-

² M. RIDLEY, *Genoma. La autobiografía de una especie en 23 capítulos*. cit., pág. 159 y ss.

³ J. SÁDABA, *La vida en nuestras manos. La eterna disyuntiva entre ciencia y ética*, Madrid, Ediciones B-Suma de Letras, 2001, p. 288.

lidad y diversidad favorece el control, y por tanto, la falta de libertad. Además Mill también decía que el pluralismo permitía conocer mejor la realidad y la búsqueda de la verdad desde diversas perspectivas.

Además, desde una perspectiva científica, lo *normal*, si se puede utilizar en este contexto la palabra, es la *diversidad*. Así por ejemplo: «El gen de los ojos azules no es una versión estropeada del gen de los ojos marrones, ni el gen del pelo rojo es una versión estropeada del gen del pelo castaño. Existen, según la jerga, diferentes alelos, versiones alternativas del mismo «párrafo» genético, todos igualmente adecuados, válidos y legítimos. Todos ellos son normales; no hay una única definición de normalidad⁴.

Entonces, ¿cómo entender la diversidad humana? Esto nos lo muestra en el capítulo 6, *La variación humana como reflejo de la adaptación ambiental*. Aquí aparece la noción de *clinas*, anglicismo que podríamos definir como a secuencia graduada de las diferencias: «A pesar de las limitaciones existentes para interpretar los rasgos fenotípicos, el estudio de las clinas morfológicas permite realizar una aproximación no racial al estudio de la variación humana.» (p. 110) Por ejemplo, «El rasgo más utilizado en las clasificaciones raciales ha sido la pigmentación, sin duda por tratarse de un rasgo que ha llamado poderosamente la atención desde la antigüedad.» (p. 112) «Aunque es difícil investigar la variación morfológica desde un punto de vista adaptativo, parece probado que existe una relación ambiental, básicamente climática, entre muchos de los rasgos morfológicos de la variación humana y el área geográfica que ocupan esos grupos humanos.» (p.126) «Lo que es evidente es que la variación morfológica no está restringida a poblaciones ni áreas geográficas concretas, sino que cruza los límites de los grupos raciales descritos tradicionalmente. Más aún, los rasgos morfológicos forman parte de patrones clinales que pueden ser diferentes entre sí, dependiendo del rasgo estudiado. Hemos de concluir, por tanto, que poder clasificar a la humanidad a partir de patrones de variación morfológica es una esperanza vana. Los rasgos morfológicos no sirven para caracterizar razas, sino clinas.» (p. 128).

En los dos últimos capítulos, el 7.º y el 8.º, *El alma genética de la humanidad* y *El proyecto de diversidad genética del Genoma Humano*, demuestra que, aunque cada individuo sea único, no hay genes particulares de una u otra población: «todos pertenecemos a la misma humanidad» (p. 164).

El cientificismo racial contrasta, a finales del siglo veinte, con el Proyecto Genoma Humano, esto es, el estudio de nuestra especie a nivel genético, de forma que hay una contradicción entre la importancia que se presuponía de los rasgos físicos externos y lo que los genes dicen de nosotros. Lo que los genes dicen es que somos una especie muy uniforme a nivel genético, y que no tiene sentido la suposición de la ciencia racial de que había una estructura evolutiva profunda dentro de nuestra especie. Como dice: «Considerando el bajo porcentaje de la variación genética total que se corresponde con diferencias entre grupos humanos, no tenemos, a priori, ninguna razón para pensar que puedan existir diferencias significativas entre las poblaciones para rasgos de importancia social como el comportamiento o la inteligencia.» (p. 164)

Utilizando la imagen del libro de Zadie Smith: todos tenemos los *dientes blancos* (Barcelona, Salamandra, 2001); la cita de Stringer en el libro: «Todos somos africanos bajo la piel» (p. 138).

⁴ M. RIDLEY, *Genoma. La autobiografía de una especie en 23 capítulos*, cit., p. 144.

Aunque realmente el Genoma Humano, equilibrado y estable, no existe. El que se descifra en este momento, «en esta generación no es más que la instantánea de un documento que cambia constantemente. No hay una edición definitiva.» Una parte importante de la función de los genes es que no debe ser la misma en todo el mundo, ya que la variación es inherente al genoma humano. «El genoma trata de la tensión entre las características universales de la raza humana y los rasgos particulares de los individuos. El genoma es en cierto modo responsable tanto de lo que compartimos con otras personas como de lo que experimentamos en nosotros mismos de manera específica. (...) Todos tenemos genes que los acontecimientos externos activan y desactivan de esta manera. Pero, por otra parte, todos somos únicos»⁵.

Como hemos visto: «*El nuevo racismo científico es un racismo más sutil, que se apoya en la idea de que hay diferencias en genes que controlan habilidades fundamentales, como la inteligencia o el talento, que son en definitiva las que nos hacen humanos.*» (p. 106) Pero hasta aquí la descripción de lo que llamaríamos «racismo biológico», aunque ahora adopte formas sutiles. El racismo biológico, como se ha dicho, sostiene el vínculo entre patrimonio genético y ciertas características morales e intelectuales; que esa herencia genética es propia de algunos grupos, razas o etnias; y que algunas razas son superiores a otras⁶.

Al final triunfa la visión de que frente al racismo puede ser suficiente con la denuncia científica. Se encuentra aquí un cierto «optimismo científico», por señalar un punto crítico en el propósito del libro de Lalueza: destruir los fundamentos «científicos» del pensamiento racial. Pero esta pretensión científica no nos libra de la plaga del racismo: y la prueba está en que hoy vuelve bajo el discurso del *diferencialismo cultural*⁷, porque aquello que es lo peor del racismo es la ideología de justificación de la discriminación, de la subordinación, de la dominación de otros individuos y grupos sociales. Por eso, el *antídoto* no es suficiente. Es tan solo un instrumento del que se sirven los sistemas de dominación, y en ocasiones una «coartada» que esconde situaciones de subordinación económica, política,... y también ideológica.

El «racismo diferencial» es una estrategia para ocultar la pervivencia del viejo mensaje racista. Es el racismo «sin raza» que insiste en la afirmación de la incompatibilidad de los grupos o comunidades caracterizados como

⁵ M. RIDLEY, *Genoma. La autobiografía de una especie en 23 capítulos*, cit., pp. 294 y 266-269. Por ejemplo, podemos determinar la función que tienen unos genes según dónde estén, en un lugar de un cromosoma determinado, pero no podemos predecir qué aplicación de la función van a realizar. Así, sabemos dónde están los genes de resistencia a la enfermedad, pero no a cual (malaria, colera...) ya que esto dependerá de lo que ocurrió en el pasado y lo que ocurrirá en el futuro.

⁶ Por ejemplo. C. LÉVI-STRAUSS, «Raza e Historia», en *Lecturas de antropología social y cultural: la cultura y las culturas*, comp. H.M. Velasco, Madrid, UNED, 2000.

⁷ Lo que sigue puede verse en Javier DE LUCAS, *Europa ¿convivir con la diferencia? (Racismo, nacionalismo y derechos de las minorías)*, Madrid, Tecnos, 1992; «Un test para la solidaridad y la tolerancia: el reto del racismo», *Sistema*, 106, 1992, pp. 13-28; «Racismo e Xenofobia: le riposte del diritto», *Ragion Pratica*, 2-1994, pp. 96-123; «El racismo como coartada», en *Derechos de las minorías y de los grupos diferenciados*, Madrid, Fundación ONCE-Escuela Libre Editorial, 1994; «El antirracismo fácil», *SOS RACISME*, número 4/1995, pp.17-19; «La xenofobia y la condición del extranjero ante el Derecho», en (J.Blázquez, ed), *10 palabras clave sobre racismo y xenofobia*, Pamplona, Verbo Divino, 1996, pp. 167-197; «El buen antirracista», *Claves de Razón Práctica*, número 76/1997, pp. 36-46; «Contra el racismo institucional», en VV.AA., *Neoliberalismo vs. democracia*, Madrid, ed. La Piqueta, 1998, pp. 328-353.

«diferentes» por razón de su etnia, raza, religión, cultura... en comparación a nuestra identidad. La identificación de la diferencia y su defensa es la clave para la discriminación característica del racismo. Se trata de un paso más en la retórica de la exclusión.

Por tanto, ¿qué más se le podría pedir al libro? El problema se encuentra en que el racismo es una excusa para perpetuar una estrategia de dominación. Pongo un ejemplo del libro. Lalueza nos cuenta como una incoherencia la actitud abolicionista del «Padre» de la Revolución americana, Thomas Jefferson, que tuvo descendencia con una de sus esclavas. Sin embargo, el «racismo» de Jefferson no va unido a justificaciones etnoculturales, como podría parecer de una primera lectura de sus posiciones, sino que, como otros autores, une la idea de ciudadanía a la de propiedad. O dicho de otra manera, justifica la subordinación económica, social y política en relación a la posesión o no de la propiedad. En un fragmento conocido de sus «Notas sobre Virginia» (1781) diría:

«Probablemente se preguntará por qué no retener a los negros e incorporarles al Estado, ahorrándonos suplir por importación de colonos blancos las vacantes que dejasen. Prejuicios profundamente arraigados entre los blancos, diez mil recuerdos de los negros en cuanto a ofensas sufridas, nuevas provocaciones, las verdaderas diferencias hechas por la naturaleza y otras muchas circunstancias nos dividirían en facciones y producirían convulsiones que probablemente no habrían de cesar hasta el exterminio de una u otra raza. A estas objeciones, que son políticas, podríamos añadir otras físicas y morales. La primera referencia que nos llama la atención es el color. Ya sea que el color oscuro del negro resida en la membrana reticular situada entre la dermis y la epidermis, o en la epidermis misma, o proceda del color de la sangre, el color de la bilis, o de cualquier otra secreción, la diferencia está adherida a la naturaleza y es tan real como si su fundamento y su causa nos fuesen mejor conocidos. ¿Carece de importancia esta diferencia? ¿Acaso no es el principio de una proporción mayor o menor de belleza en las dos razas? ¿No son las delicadas combinaciones de rojo y blanco, las expresiones de cualquier pasión por mayor o menor afluencia de color, preferibles a esa eterna monotonía que reina en los semblantes, ese inamovible velo de negrura que cubre las emociones de la otra raza? (...)

Además del color, la figura y el pelo hay otras distinciones que proporcionan una referencia de raza. Tienen menos pelo en el rostro y en el cuerpo. Segregan menos por los riñones y más por las glándulas de la piel, cosa que les da un olor muy fuerte y desagradable. (...) Parecen necesitar menos sueño. Tras un duro trabajo diurno, un negro será inducido por los más leves pasatiempos a quedar despierto hasta medianoche o después, aun sabiendo que deberá estar en pie a las primeras horas del alba. (...) Son más ardientes con sus mujeres, aunque el amor parece en ellos más un ávido deseo. Y que una mezcla tierna y delicada de sentimiento y sensación. Sus aflicciones son pasajeras. Los innumerables pesares que hacen dudoso si la vida nos fue otorgada por el cielo en virtud de misericordia o en virtud de ira, les duelen menos y se olvidan antes. En general, su existencia parece participar más de la sensación que de la reflexión. A esto debe atribuirse su disposición a dormir cuando están separados de sus diversiones y sin trabajo inmediato. Un animal cuyo cuerpo descansa y que no reflexiona debe sin duda hallarse dispuesto al sueño. Comparándolos por sus facultades de memoria, razón e imaginación, me parece que en memoria son iguales a los blancos, en razón

muy inferiores (creo difícil encontrar uno solo capaz de seguir y comprender las investigaciones de Euclides), y en imaginación romos, sin gusto y anómalos.» (T. JEFFERSON, «Notas sobre Virginia», *Autobiografía y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 261-263).

Sin embargo, a pesar de estas reflexiones profundamente racistas de uno de los padres de la historia de los derechos humanos, hay que decir que Jefferson, como otros autores, como D'Holbach, montan la idea de la ciudadanía sobre las espaldas de la propiedad, como instrumento de subordinación, y no sobre determinaciones etnoculturales. La idea de ciudadano, y la exclusión de la ciudadanía, históricamente se apoya en las funciones y necesidades económicas⁸.

También resulta curioso como históricamente la pretensión de exclusión del extranjero, como no ciudadano, ha estado unida al entusiasmo por la eugenesia, por la purificación de la raza. Como se nos recuerda, la Ley de restricción de la inmigración aprobada por los Estados Unidos en 1924, fue una consecuencia directa de la campaña eugénica de purificación de la estirpe anglosajona frente a los emigrantes del sur y el este de Europa. De manera paralela los eugenistas presionaban para que los estados autorizaran la esterilización forzosa de los discapacitados mentales. Incluso se realizaron sesgadas pruebas de inteligencia a los inmigrantes y establecieron «cuotas estrictas para los europeos del sur y el este por la razón de que eran más estúpidos que los tipos nórdicos que habían dominado la población americana anterior a 1890. El propósito de la ley tenía poco que ver con la ciencia. Era más una expresión del prejuicio racial y del proteccionismo sindical, pero encontró la excusa en la pseudociencia de las pruebas de inteligencia.»⁹.

¿Qué se puede hacer frente al racismo? La propuesta del libro es un camino, una posibilidad, aunque insuficiente. La ciencia es una de las armas contra el racismo, pero son necesarias otras, complementarias. En el ámbito nacional e internacional, tanto Estados como otras instituciones, prohíben las prácticas racistas en todos los ámbitos. La discriminación racial se persigue en textos internacionales, constituciones, en el ámbito laboral, el penal... e incluso el compromiso de los jueces y tribunales toma esa misma senda¹⁰.

El argumento de la raza ha sido desarmado desde la Ciencia y la Razón, como se señala en el último capítulo del libro, a través del conocimiento del Genoma Humano. Así, por ejemplo, el artículo primero de la *Declaración Universal sobre el Genoma Humano y los Derechos Humanos*, adoptada por la conferencia general de la UNESCO en 1997, proclama que «el genoma

⁸ Por ejemplo, J. M. BERMUDO «Ciudadanía e inmigración», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 94 (32), 1 de agosto de 2001. <http://www.ub.es/geocrit/sn-94-32.htm>

⁹ Sobre esto puede verse M. RIDLEY, *Genoma. La autobiografía de una especie en 23 capítulos*, cit., pp. 147-150 y 519-521

¹⁰ Aunque en ocasiones hay decisiones que puedan parecer dudosas. Por ejemplo, el caso Williams Lecraft, STC 13/2001, de 29 de enero de 2001 (RA 490/97), que es un supuesto de identificación de sospechosos en función de sus rasgos, como una prueba indiciaria. Desde la perspectiva jurídica se encuentra la consideración de esta conducta, por parte de la policía, como un supuesto de comportamiento discriminatorio por la condición racial. Entiendo que nos encontramos, más bien, ante lo que podrían considerarse como indicios de una conducta racista y la sospecha de la raza diferente como indicador de criminalidad. Estos argumentos no fueron tomados en cuenta por la mayoría del tribunal. Véase, por el contrario, la posición ejemplar del voto particular del Magistrado González Campos.

humano es la base de la unidad fundamental de todos los miembros de la familia humana y del reconocimiento de su dignidad intrínseca y su diversidad.» Se podría decir, el racismo está oficialmente prohibido, la discriminación perseguida... no obstante, la diversidad de nuestras sociedades no se refleja en los ámbitos intelectuales, políticos, económicos... Nadie se proclama racista o xenófobo, pero los extranjeros realizan los trabajos que nadie quiere hacer, y tan solo los queremos para eso, para trabajar donde nosotros no queremos trabajar. El racismo ha sobrevivido y sobrevive a la refutación científica de la noción de raza e intenta legitimarse con el argumento de la desigualdad de las culturas: la diferenciación cultural.

Podemos tomar como ejemplo de esto la generalización de la violencia «racial» más o menos explícita: la argumentación xenófoba de los votantes de Le Pen en las elecciones francesas o el argumento del gobierno español que liga de forma acrítica y sin fundamento inmigración y delincuencia para justificar la «situación de inseguridad». Podríamos extendernos más con la referencia a la existencia de «depuraciones étnicas» y genocidios en muchos lugares del mundo. Desde Palestina, el pueblo kurdo, Tibet... O el silencioso e invisible «apartheid» social y urbano hacia los gitanos e inmigrantes. O «explícito», como se ha denunciado recientemente, por poner un ejemplo, con la segregación como instrumento pedagógico para los menores gitanos e inmigrantes más conflictivos de algunos colegios de Alicante por parte de la Conselleria d'Educació de la Generalitat Valenciana («El País», 19-5-2002).

El problema no es tanto un prejuicio, un sentimiento subjetivo, como denunciar un sistema productor de exclusiones y generador de discriminaciones basadas no sólo en la raza, la procedencia, ... también en el sexo, la edad... Por eso, el racismo no es sólo un problema de discriminación (de prejuicio y persecución por la raza) sino una manifestación del más viejo problema: ¿quién domina?

La solución es compleja y, al menos, triple, como el problema: la educación y formación en el pluralismo; la garantía de la igualdad en normas e instituciones (como *igualdad compleja*, teniendo en cuenta las diferencias); y la participación de los agentes sociales (ciudadanía, ONGs...) para denunciar el racismo como una práctica cotidiana.

Para terminar mencionaré la cita conocida y utilizada en el libro (p. 22), del discurso del judío Shylock en *El Mercader de Venecia* de W. Shakespeare: «Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos?» Como nos recordaba Kelsen, aunque cualquiera lo puede decir: hay verdades que no podemos cansarnos de repetir.

José GARCÍA AÑÓN
(Universitat de València)